

Máximo galardón de las letras para el autor de «El tambor de hojalata»

Günter Grass, el autor de «El tambor de hojalata», reivindicó ayer el compromiso político del escritor y defendió la política del socialdemócrata Schroeder, en la conferencia de prensa que ofreció en Lübeck, ciudad en la que reside, tras conocer que era el nuevo Nobel de las Letras.

Grass ataca a Kohl y defiende la política austera de Schroeder

«Creo que Heinrich Böll estaría de acuerdo con que me dieran el premio»

Berlín, Delia MILLAN

Günter Grass recibió con «orgullo y alegría» la noticia de su distinción como premio Nobel de Literatura 1999, y se comprometió a «no comportarse como un galardonado». El escritor alemán, autor de novelas como «El tabor de hojalata» y «Es largo cuento», considera que este Nobel, el último del siglo, le convierte en «por así decirlo, el farol de cola literario» de la centuria.

El autor aprovechó la conferencia de prensa para revalidar su convicción del compromiso social del escritor y sentenció que éste, además de atender a su quehacer literario, debe incidir en la política. Grass recalcó que, tras el Nobel, seguirá «llevando una vida normal» y, como para demostrarlo, acudió a una cita previamente acordada con su dentista. Grass recordó antes que nada al último alemán que recibió este galardón, Heinrich Böll. «Tengo la impresión de que él estaría de acuerdo con que se me diera el premio, siempre he tratado de seguir con su tradición», declaró. Grass interpreta el premio como un reconocimiento no sólo a su obra, sino a una «tradición» literaria de compromiso político y cívico. Y espera que su premio sirva para que nuevas generaciones de autores alema-

nes se interesen por esa tradición, «que temo mucho está desapareciendo, pues muchos escritores responden a la demanda creciente de diversión y prefieren contar historias de parejas que a mí no me interesan».

Arremetió en su comparecencia contra la energía atómica, el ex canciller Helmut Kohl y la industria alemana. El escritor se quejó de que las nuevas generaciones de escritores no se interesen por los temas políticos y aprovechó para reiterar algunas de sus posturas más polémicas.

«¿Quién puede negar que el medio ambiente está destruido?», se preguntó, manifestando su esperanza de que las centrales atómicas sean desconectadas «de una vez por todas».

Aseguró que los años de gobierno de Helmut Kohl han dejado un lastre de deudas de 10.000 millones de marcos. Grass «echó un capote» al actual Ejecutivo roji-verde y a sus controvertidos planes de austeridad: «Es muy difícil para el actual Gobierno, sobre todo cuando todos dicen: está bien ahorrar pero, por favor, no conmigo». Sus declaraciones apoyan de forma indiscutible al Partido Socialdemócrata (SPD), formación con la que tuvo diferencias pero con la que se reconcilió.



Günter Grass sostiene un ramo de flores durante la rueda de prensa de ayer.

Graciano García: «Es un escritor inmenso»

Oviedo

El director de la Fundación Príncipe de Asturias, Graciano García, declaró ayer que el premio fue recibido en la institución «con verdadera alegría y satisfacción. Coincidir en el galardón a este inmenso escritor que es hoy la conciencia intelectual de Europa no puede sino alegrarnos. Sabemos con cuanta satisfacción acogió Günter Grass el «Príncipe de Asturias» de las Letras el pasado mes de junio y estamos seguros de que el discurso que pronunciará este mes en Oviedo,

en nombre de todos los galardonados, no será fácil de olvidar».

No es la primera vez que la Fundación Príncipe de Asturias se adelanta a los Nobel en la concesión de sus galardones. Ocurrió con Camilo José Cela, que recibió el premio de la Academia sueca cuando ya tenía el «Príncipe de Asturias» de las Letras; también con Yasir Arafat e Isaac Rabin, y Gorbachov, que recibieron el Nobel de la Paz con posterioridad al «Príncipe de Asturias» de la Concordia, que los tres recibieron en Oviedo.

ASI PIENSA

Europa y capitalismo.

Europa occidental se ha entendido como victoriosa contra el comunismo. Y como todos los vencedores en la historia, hace tonterías. Vencer parece una vía segura a la estulticia. Hemos dado vía libre al capitalismo, que desde una cierta civilización vuelve a actitudes del XIX. Muchas cosas que se consiguieron por el largo trabajo del movimiento obrero están siendo demolidas. Se destruye el consenso social. Y lo está haciendo el capital. Cada vez que una empresa despide a trabajadores suben sus acciones. Es una situación perversa que se refleja en esta relación entre ganancia accionarial y desempleo.

Intelectuales. Muchos intelectuales de izquierda, con los que yo estuve enfrentado, apoyaron durante mucho tiempo y sin crítica alguna el sistema comunista. Con la caída del comunismo se desmoronó su posición y hoy —los conozco bien en Alemania— algunos aún totalmente estalinistas hace sólo 20 años se han ido completamente a la derecha. Nada me da más miedo en esta vida que esos conversos.

Alemania y España. Nosotros somos niños quemados. Es una experiencia de mi generación, y esa cuestión ha seguido siendo mi tema, la culpa. La culpa y la responsabilidad que debe surgir después. Cuando llegó la unidad alemana, mucha prensa de aquí comenzó a decir que ya se había acabado la posguerra y que Alemania era de nuevo un país normal. No pasó mucho tiempo y desde la calle los ultraderechistas nos recordaron que el pasado no se ha pasado (...) Creo que en España fue muy adecuado y sabio dejar reposar la guerra civil durante algunos años. Pero el tema no está acabado.

El escritor como contemporáneo

LUIS MEANA

Este premio Nobel, que sigue al recientemente concedido premio «Príncipe de Asturias» de las Letras, como si la academia sueca tuviese ahora su brújula, su lazarillo o su meridiano en las verdes lindes del Naranco, viene a ser como el corolario de una necesidad inevitable, como la fruta madura que, en una hora más o menos tardía, tendría que caerse del árbol. Después de hacer numerosas incursiones por la nada y variadas cabriolas en su propia campaña, la Academia sueca se ha atrevido, por fin, a cumplir con lo que, desde hace ya mucho tiempo, estaba irrenunciablemente mandado: aniquilar aquella pregunta perpleja que ya que 1972 planteara Heinrich Böll al recibir este afamado premio literario: ¿por qué yo y no Grass? Por variables socioliterarias, o, por decirlo con otras palabras, porque Grass nunca ha sido un

escritor precisamente profiláctico ni la Academia sueca tampoco una institución especialmente arriesgada: 27 años ha necesitado para madurar una decisión que llega 27 años tarde, lo que, por lo demás, ya había ocurrido, parecidamente, con un viejo dios de la literatura alemana: Thomas Mann.

Para entender lo que ha significado este escritor dentro de la literatura germana no hay mejor descripción que la que brillantemente acuñó hace ya muchos años Enzensberger: un tiburón en una lata de sardinas. De todos los escritores que ha dado la lengua alemana reciente, ninguno se ha empecinado tanto como éste en convertirse en nuestro contemporáneo. Contemporáneo de todos y de todo, y, a la vez, contracor-

riente de todo lo contemporáneo; acompañante continuo del ciudadano, vigilante insomne de las lacras del poder y de sus metástasis, conciencia histórica de Alemania. Un escritor difícil para una patria complicada.

Enzensberger acuñó la mejor descripción sobre el significado de Grass en las letras alemanas: un tiburón en una lata de sardinas

Valga lo que valga esa concepción comprometida de la literatura, Günter Grass tiene un doble mérito que difícilmente puede arrebatarsele: haber realizado, en «El tambor de hojalata», la elaboración histórica de la memoria desgraciada de Alemania, y haber convertido, como lo formuló

acertadísimo Steiner, en la pluma que redimió a la lengua alemana de la mancha macabra de Auschwitz.

Esa vieja lata de sardinas ha saltado ahora con el Nobel por los aires. Porque ese Nobel trae para Grass, además de la honra y del reconocimiento, tardíos, de que su prosa es la más valiosa de la posguerra alemana, un fenómeno aún más reconfortante, a pesar de que venía calladamente anunciándose, incluso por debajo de los ladridos de los críticos y de la crítica que han destruido sus últimas obras: el orgullo de ver cómo, por fin, ese difícil país y esos difíciles contemporáneos se reconocen en su prosa, cómo ese pueblo alemán agradece, a este sísifo cargante, que se haya atrevido, en esos cuatro

decenios largos de dedicación literaria, a llevar sobre sus hombros la dura carga de la conciencia alemana.

Sea cual sea el valor de esa intromisión permanente en lo político, lo polémico y lo extraliterario, a Günter Grass hay algo que no puede negársele: disponer del don divino de la prosa, ser capaz de convertir todo lo que toca en una majestuosa poesía literaria. Pues hay otro hecho que tampoco debe olvidarse, que la obra de Grass es a la literatura alemana lo que la de García Márquez a la española: la alegoría barroca de la propia historia, la fábula, emotiva, cercana y grotesca, de la existencia. Eso sí, siempre y cuando no se le mezcle por el medio la pasión política del contemporáneo.

Luis Meana es experto conocedor de la obra de G. Grass, de quien seleccionó, tradujo al español y prologó un libro de artículos.